

D-58.-

## LOS DOCE INTERLOCUTORES

*por Francisco-Manuel Nácher*

- ¿Por qué será que resulta tan difícil entendernos al hablar cuando, generalmente, todos tenemos claro lo que sentimos y lo que queremos decir?

- Porque, en realidad, cuando hablamos con alguien no son sólo dos los que intervienen en esa conversación.

- ¿No? ¿Qué quieres decir con eso? ¿Que no hablamos dos? ¿Cuántos hablan pues?

- Doce.

- ¡Qué barbaridad! ¿Cómo puedes decir una cosa así? ¿Por qué doce y no trescientos veintiséis, por ejemplo?

- Porque son exactamente doce los interlocutores.

- ¿Pero lo dices en serio?

- Por supuesto.

- Pues explícame eso, por favor, porque yo no veo de dónde sale tanto entrometido.

- Es muy sencillo. Tú ve examinándote, a medida que yo hable, y ya me dirás si no son doce los interlocutores.

- Vale. Vamos a ver.

- Cuando dialogas con alguien, primero estás actuando tú, pero "el tú que realmente eres". Y está interviniendo también "el que tú crees que eres".

- De acuerdo. Es verdad.

- A ellos se añaden, además, "el que tú piensas que el otro cree que tú eres" y "el que tú quisieras que el otro creyese que tú eres".

- Caramba, ¡es verdad!

- Y no te olvides "del que a ti te gustaría ser".

- ¿Será posible? ¡Es cierto!

- Y, por último, participa "el que el otro, realmente, cree que tú eres".

- Oye... pues bien mirado es verdad lo que dices. No soy yo, sino seis yoes los que hablan. ¡Es extraordinario! ¡Jamás lo hubiera creído!

- Pero, si a tus seis yoes les sumas los seis yoes de tu interlocutor, resultará que, como te decía, y en principio, son doce las posturas o puntos de vista o personas que intervendrán en vuestra conversación.

- ¡Es asombroso! Y eso nos ocurre a todos, claro...

- Es la situación normal en cualquier conversación. Y nadie verdaderamente honesto consigo mismo, como te ha ocurrido a ti, se atreverá a afirmar que éste no es su caso. ¿Comprendes ahora por qué resulta tan difícil el entendimiento entre los hombres? La causa estriba en que entre esos doce interlocutores los hay que son completamente antagónicos y, por tanto, irreconciliables.

- Claro... ¿Entonces, estamos condenados para siempre a no lograr entendernos, a no poder fiarnos de nuestros contertulios, a preguntarnos siempre cuál de nuestras seis personas o, lo que es más grave aún, cuál de las seis personas del otro es la que ha pronunciado realmente la última frase?

- ¿Se te ocurre una solución?

- Pues no. Lo único que se me ocurre es que está claro que sobran dialogantes.

- ¿Cuántos?

- ¿Cuántos sobran? Yo pienso que el ideal sería reducir el diálogo a sólo dos, que es lo que siempre he pensado que ocurría cuando hablaba con alguien. O sea, que sobran nada menos que diez.

- ¿Y cómo los suprimirías?

- No tengo ni idea. ¿Cómo voy a suprimir las cinco sextas partes de mí mismo y otras cinco sextas partes de cada uno de mis interlocutores? No tengo ni idea. Ni creo que sea posible. Y por eso la Humanidad lleva desde siempre sin acabarse de entender, ¿no?

- Sí. Pero no a todo el mundo le ocurre lo mismo. Y, por otra parte, ha habido desde siempre sistemas para ir eliminando "interlocutores".

- ¡No me digas! Pues yo no los conozco. ¿Qué sistemas?

- ¿Qué crees tú que perseguía aquella máxima grabada a la puerta del Templo en que se encontraba el Oráculo de Delfos, y que decía "*Hombre, concómete a ti mismo*"?

- Pues eso, que nos conociésemos a nosotros mismos.

- ¿Así, sin más y porque sí?

- Hombre, sin más y porque sí, no. Supongo que tendría un fundamento y que perseguiría algo.

- ¿Qué?

- Espera que piense... Sí. Ya lo tengo: Que los hombres sepan cómo son por dentro, que conozcan sus defectos y, como consecuencia, traten de eliminarlos; y conozcan sus virtudes y sus facultades y, consecuentemente, se fijen metas proporcionadas a ellas; y se den cuenta de que todos los hombres somos esencialmente iguales, es decir, que estamos constituídos de la misma forma y que, por tanto, tenemos los mismos derechos y que...

- Muy bien. ¿Y qué ocurre si tú conoces tus defectos y tus virtudes y tus capacidades y te fijas metas y te sientes semejante a tus semejantes?

- ¡Claro, ahora lo veo! Si me conozco a mí mismo, desaparecerá "el que yo creo que soy". Por lo tanto, ya habré eliminado uno de los cinco que me sobraban.

- ¿Sólo uno?

- Espera que piense otra vez...

- De acuerdo. Reflexiónalo bien.

- Ya está: Si me conozco bien a mí mismo, me sobra, por supuesto, "el que yo creo que soy" pero, además, si realmente sé quien soy y adónde quiero ir y conozco mis fuerzas, ya no me hace falta fingir ante nadie, por lo tanto, elimino también "al que yo quisiera que el otro pensase que yo soy".

- De acuerdo.

- Y... eliminado éste, ¿qué falta me hace "el que yo creo que el otro piensa que yo soy? Y... ¡claro!, ¿qué me importa "el que el otro realmente crea que yo soy" ?. ¡Es curioso! Hemos eliminado a cuatro de los cinco que sobraban. Así que el diálogo quedará reducido a sólo cuatro. Pero... son cuatro y no dos, como debería ser...

- ¿Tú crees?

- Pues, sí.

- ¿Qué cuatro?

- El que "realmente soy" y el que "me gustaría ser", más el que el otro "realmente es" y el que "le gustaría ser".

- Exacto. Y, "el que te gustaría ser", ¿piensas que es muy activo?

- Bien mirado, no. Porque la mayor parte de la gente está satisfecha con su modo de ser y no desean ni intentan cambiar.

- Por tanto, ¿en quiénes actuará de manera significativa?

- Está claro: En quienes se esfuerzan por mejorar su carácter. Pero... espera... Si yo actúo "como me gustaría ser", en realidad, ya "estoy siendo" así.

- ¿Y, por tanto?

- Resultará que, mientras me esfuerce por ir mejorando, al que habré suprimido será al que yo llamaba “el que en realidad soy”, que pasará a dejar de actuar. Y, con ello, habré suprimido los cinco que me sobraban.

- El que “quisieras ser” será cada vez distinto, pero no dejará actuar al que “realmente eras”, porque irá mejorando sin descanso. Y ésa es la clave de la evolución: El “querer ser” cada vez más y mejor.

- Y, claro, si el otro hace lo mismo y elimina sus cinco sobrantes, nuestro diálogo puede llegar a ser algo único, algo nuevo en el mundo, pero algo maravilloso. Y, además, relajante para los dos, pues ninguno tendremos necesidad de fingir virtudes ni disimular defectos. ¡Es asombroso!. Los griegos, pues, no tenían nada de tontos. Habían dado en el clavo perfectamente.

- No sólo los griegos. ¿Qué crees tú que pretenden todas las religiones serias y las escuelas de ocultismo responsables al recomendar el examen de conciencia de modo habitual?

-¡Claro! ¡Si se hace examen de conciencia, acaba uno conociéndose a sí mismo y se simplifica todo de modo inesperado y definitivo!.

\* \* \*